

EL LIBRO DE LA SELVA

PRIMEROS CAPÍTULOOS PROMOCIONALES

Rudyard Kipling

EL LIBRO DE LA SELVA



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de Traducción: Mestas Ediciones

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock
Autor: Jozef Klopcka

Primera edición: *Octubre, 2019*

ISBN: 978-84-17782-33-7
Depósito legal: M-26356-2019
Printed in Spain - Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

El libro de la Selva es uno de los relatos más conocidos y admirados, en gran parte, por las películas de Disney, que hemos visto una y mil veces. La historia de Mowgli, un bebé perdido en la selva que crece bajo el cuidado de una manada de lobos, ha conmocionado, divertido e inculcado valores a millones de personas desde su publicación. De hecho, esta obra se encuentra entre los libros más vendidos y recomendados de literatura clásica juvenil desde su publicación en 1894.

En realidad, se trata de una recopilación de cuentos con un claro enfoque moralizante que divierte, enseña y potencia nuestra imaginación a partes iguales. Es un libro que nos ayuda a crecer interiormente, a ser mejores personas, mientras disfrutamos de las aventuras de una serie de niños y animales con caracteres humanos en una jungla repleta de peligros y adversidades. Un canto a la alegría, al compañerismo y a la lucha contra la injusticia.

Los primeros relatos forman parte de una misma trama, donde un matrimonio británico pierde a su hijo en la precipitada huida a causa del ataque de un fiero tigre de Bengala, denominado Shere Khan, el principal, y más malvado, antagonista de la historia. Unos lobos deciden acoger y proteger al pequeño y lo crían a lo largo de años. Este crece al amparo, sobre todo, de Baloo, un oso bonachón que lo instruye en «La Ley de la Selva», una serie de principios que todo lobato debe

conocer para su seguridad y desarrollo. También participa de esta tarea otro personaje principal, Bagheera, una pantera protectora que ayudará a Mowgli a sobrevivir en la jungla a pesar de las dificultades.

El en resto de cuentos, que conforman la selección, encontraremos entramados similares donde lo importante es la enseñanza final que uno pueda extraer al concluir su lectura. Historias divertidas con un trasfondo educativo que tocarán nuestros corazones y nos instruirán, bajo la metáfora de bosques salvajes de la India, en la complicada tarea de vivir en este mundo. Un proceso imprescindible.

*Cuando vayan mal las cosas / como a veces suelen ir, / cuando
ofrezca tu camino / solo cuestas que subir, / cuando tengas poco
haber /pero mucho que pagar, / y precises sonreír / aun teniendo
que llorar, / cuando ya el dolor te agobie / y no puedas ya sufrir,
/ descansar acaso debes / ¡pero nunca desistir!*

Rudyard Kipling

Rudyard Kipling, poco amigo de los premios y las alabanzas, fue el primer británico que obtuvo el Premio Nobel de Literatura. En 1907, a la temprana edad de 41 años, le concedieron dicho galardón por su «capacidad de observación, original imaginación, la virilidad de sus ideas y el talento notable para la narración que caracterizan las creaciones de este autor de fama mundial».

Escritor, periodista y poeta inglés, recordaremos a Kipling como uno de los más grandes cuentistas en lengua inglesa —género del cual fue en uno de sus principales innovadores— que vivió durante el triunfante imperialismo británico de la época victoriana. Es difícil no asociar a este grandísimo

autor con su Bombay natal, con la India británica y con personajes tan ilustres como Mowgli...

Esperamos que disfruten de esta obra cumbre de la literatura universal tanto como nosotros hemos disfrutado editándola.

Editor

LOS HERMANOS DE MOWGLI

Rudyard Kipling

LOS HERMANOS DE MOWGLI

*Rann el milano ahora trae a casa la noche
que Mang el murciélago libera.
Los rebaños en sus corrales están ya,
pues sueltos estamos nosotros hasta el alba.
Es la hora del orgullo y la fuerza,
garra, uña y colmillo.
¡Oye la llamada!
¡Buena caza para quien respete la ley de la selva!*

Canción nocturna de la selva.

Eran las siete y las colinas de Seeonee^[1] parecían un horno cuando Padre Lobo, que había pasado el día entero durmiendo, despertó. Se rascó, bostezó y fue estirando las patas una tras otra para desperezarse de todo el sopor y la rigidez que sentía en ellas. Madre Loba estaba echada. Su cabeza gris reposaba, en señal de cariño y protección, sobre cuatro indefensos y chillones lobatos. La luna brillaba en todo su esplendor nocturno fuera de la caverna donde todos ellos vivían.

[1] El lugar es el distrito o provincia actualmente conocida como Seoni, que está situada en el Estado indio de Madhya Pradesh, en el centro del país.

—¡Augr! —dijo Padre Lobo—. Ya es hora de salir de caza. —Iba a lanzarse pendiente abajo, cuando se presentó en el umbral de la caverna una sombra no muy grande y furtiva, aunque bien visible por su espesa cola.

—¡Buena caza, jefe de los lobos, y que no sea jamás peor con tus hijos! —comenzó en tono plañidero—. ¡Que tengan suerte y unos fuertes colmillos blancos, y que jamás les falte el apetito!

El que así habló era el chacal —Tabaqui el lameplatos—. Los lobos desprecian en la India a Tabaqui por ser un chismoso. Siempre anda enredando con cuentos e historias que lleva de un lado a otro. También lo desprecian por comer andrajos, despojos y todo lo que haya de mínimamente aprovechable en cualquier basurero. Pero aunque lo desprecien, lo temen. Cuando a Tabaqui le entra la locura, más que a cualquier otro animal de la selva, olvida su miedo y muerde todo lo que se le pone por delante, ya sea cosa o animal. En esos momentos ni siquiera el tigre se atreve a vagar libremente por la selva. Les preocupa la sola idea de verse reducidos ellos mismos a una situación tan deshonorosa, pues en la selva la locura se considera la mayor deshonor de todas. Nosotros sabemos que se trata de la hidrofobia, pero ellos lo llaman *dewanee* o locura y huyen al decirlo.

—Bueno, entra y busca —dijo Padre Lobo—, pero ya te advierto que aquí no hay comida.

—No para un lobo —contestó Tabaqui—, pero para un pobrecillo animal como yo, hasta un hueso mondo es un banquete exquisito. ¿Quiénes somos nosotros, el Pueblo de los Chacales, para andar escogiendo a la hora de comer?

Se dirigió corriendo hacia el fondo de la caverna, donde halló un hueso de gamo con algo de carne adherida y se puso a tritularlo con fruición.

—Muchísimas gracias por una comida tan buena —dijo relamiéndose—. ¡Qué hijos tan hermosos tienes! ¡Cómo se ve en ellos la nobleza! ¡Qué ojazos tienen! ¡Y eso que son jovencísimos! Aunque eso no debería sorprenderme. Los hijos de los reyes ya son hombres desde que nacen.

Huelga decir que Tabaqui sabía que no ayuda en nada a la buena crianza elogiar a los lobatos estando ellos delante. Le divertía ver la situación tan embarazosa para Madre Loba y su pareja.

Guardó entonces un momento de silencio y añadió con desdén:

—Shere Khan el Grande ha cambiado su territorio de caza. Las próximas semanas, hasta que cambie la luna, estas colinas serán su cazadero.

Shere Khan era el tigre que vivía cerca del río Wainganga,^[2] a veinte millas de distancia.

—¿Con qué derecho?—dijo con furia Padre Lobo—. Según la ley de la selva, nadie puede cambiar de territorio de caza sin previo aviso. Ahuyentará la caza en diez millas a la redonda. Y yo tendré que salir el doble de veces a cazar durante esos días.

—Su madre siempre lo llamó Lungri, el Cojo, y no fue solo por divertirse —dijo Madre Loba quedamente—. Es cojo de una pata desde que nació. Por eso jamás ha sido capaz de matar nada que no sea ganado doméstico. Ahora los campesinos del río Wainganga están ya hartos, así que se ha venido aquí para darnos problemas. Por su culpa los campesinos no dejarán sin registrar hasta el último rincón de la selva mientras él está lejos. Y nosotros tendremos que irnos lejos con nuestros cachorros cuando le prendan fuego a la maleza.

[2] Río situado en el centro de India. En la lengua local, el marathi, significa «flecha de agua» y también se encuentra escrito como Waingunga.

¡Desde luego que eso tendremos que agradecérselo a Shere Khan!

—Si queréis, puedo transmitirle vuestra gratitud —dijo Tabaqui.

—¡Fuera de aquí! —le gritó Padre Lobo—. Largo de aquí y vete a cazar con tu amo. Ya has hecho bastante daño por esta noche.

—Ya me voy —dijo en tono insidioso Tabaqui—. Vosotros mismos podéis oír desde aquí a Shere Khan en la espesura, así que podría haberme ahorrado traeros la noticia.

Padre Lobo prestó atención. Al fondo del valle que llegaba hasta un riachuelo se oía esa especie de lamento seco, rabioso y chirriante que emite el tigre cuando no ha cazado nada y le tiene sin cuidado que toda la selva lo sepa.

—¡Qué estúpido! —dijo Padre Lobo—. ¡Mira que empezar el trabajo de una noche con semejante escándalo! ¿Se habrá creído que aquí los gamos son como esos bueyes gordos del Wainganga?

—¡Chitón! No está buscando precisamente bueyes o gamos esta noche. Busca al hombre —dijo Madre Loba.

El lamento se había convertido en una especie de ronroneo que parecía surgir de todos los puntos cardinales. Era esa clase de ruido infernal que asusta a los leñadores y todos los que vagan sin rumbo fijo y están obligados a dormir al raso, de modo que, sin darse cuenta, corren ellos mismos hacia las fauces del tigre.

—El hombre —dijo Padre Lobo abriendo sus mandíbulas y mostrando sus dientes blancos—. ¡Qué asco! ¿Es que no hay suficientes escarabajos y ranas en las charcas para que busque carne humana... ¡y en nuestro propio territorio!

La ley de la selva, que jamás ordena nada sin motivo, prohíbe taxativamente a toda fiera devorar al hombre exceptuando cuando se mata para enseñar a los cachorros a hacerlo. Entonces también es obligatorio hacerlo fuera del territorio de caza de la manada. Y el motivo real es que matar a un hombre trae como consecuencia segura que, tarde o temprano, lleguen a lomos de elefantes hombres blancos armados de fusiles, acompañados por cientos de hombres de color equipados con batintines, cohetes y teas. Entonces todos sufren en la selva. Las fieras saben que el hombre es el animal más débil e indefenso de la naturaleza, y no es una presa digna de un cazador. Añaden también —y es verdad— que quienes se acostumbran a la carne humana son atacados por la sarna y pierden los dientes.

El ronroneo se fue intensificando y terminó con el rugido inconfundible del tigre en el momento de embestir.

Entonces Shere Khan aulló de una forma impropia de un tigre.

—Ha errado el golpe —comentó Madre Loba—. ¿Qué ocurre?

Padre Lobo avanzó unos pasos fuera de la caverna y oyó a Shere Khan gruñir y rezongar furiosamente mientras se revolcaba despechado en la maleza.

—¡Al muy tonto se le ha ocurrido la genial idea de saltar sobre la fogata que han encendido unos leñadores y se ha quemado las patas! —gruñó Padre Lobo—. Y Tabaqui lo acompaña.

—Algo va colina arriba —dijo Madre Loba orientando en esa dirección una de sus orejas—. Debemos estar preparados.

Los matorrales crujieron un poco entre la maleza. Padre Lobo se agachó y se apoyó en los cuartos traseros, listo para saltar. Si hubieseis estado mirando, habríais visto a continua-

ción algo extraordinario. El lobo saltó para atacar algo desconocido y, estando en medio del salto, intentó detenerse. Brincó antes de haber visto contra qué se lanzaba y, de repente, trató de detenerse. El resultado fue que salió disparado en dirección vertical, pero fue a caer casi en el mismo punto.

—Un hombre —exclamó con disgusto—. Un cachorro humano. Mira.

Justo enfrente de él, apoyándose ligeramente en una rama baja, se erguía completamente desnudo un niño moreno que apenas sabía andar. Era la cosa más bonita, fina y regordeta que jamás se había presentado de noche ante la caverna de un lobo. El niño lo miró y se rio tranquilamente, sin ningún miedo.

—¿Es eso un cachorro humano? —dijo Madre Loba—. Jamás había visto uno. Tráelo.

Un lobo acostumbrado a mover a sus propios cachorros puede transportar en caso necesario un huevo en la boca sin romperlo. Aunque las mandíbulas de Padre Lobo se cerraron sobre la espalda del niño, este no sufrió ni el más mínimo rasguño cuando fue colocado entre los lobatos.

—¡Qué pequeño! ¡Qué desnudo Y... ¡qué atrevido! —dijo con dulzura Madre Loba. El niño se fue abriendo paso entre los cachorros para acercarse y sentir el calor de su piel—. ¡Eh! Mira, está comiendo con los demás. Así que esto es una cría humana. ¿Ha habido alguna loba que haya podido jactarse de haber tenido una cría humana entre sus hijos?

—He oído hablar de algunos casos parecidos, pero nunca en nuestra manada ni a lo largo de mi vida —dijo Padre Lobo—. No tiene pelo, y podría matarlo si lo golpease ligeramente con una pata. Lo mataría. Pero fíjate, nos mira y no tiene miedo.

El resplandor de la luna que entraba en la caverna de pronto fue interceptado por la enorme cabeza cuadrada y los

hombros de Shere Khan, que se asomó a la entrada. Detrás de él, Tabaqui le comunicaba la noticia con voz chillona:

—¡Señor, señor, se ha metido aquí!

—Nos honra tu visita, Shere Khan —dijo Padre Lobo, aunque sus ojos expresaban furia—. ¿Qué se te ofrece, Shere Khan?

—Mi presa. Un cachorro humano ha pasado por aquí —dijo Shere Khan—. Sus padres han huido abandonándolo. Entrégamelo.

Shere Khan había saltado sobre la fogata de los leñadores, como dijo Padre Lobo, y el dolor de sus quemaduras lo había puesto furioso. Sin embargo, Padre Lobo sabía que la entrada de la caverna era demasiado estrecha para que un tigre pudiese pasar. Incluso en el lugar en donde estaba, sus hombros y sus patas delanteras estaban encogidos. Sería lo mismo que si dos hombres intentasen pelear metidos en un barril.

—Los lobos son un pueblo libre —dijo Padre Lobo—. Solo obedecen las órdenes del jefe de su manada y no las de un matabueyes con rayas. El cachorro humano es nuestro... para matarlo si se nos antoja.

—¡Si se nos antoja! ¡Si se nos antoja! ¿Qué es eso de si se os antoja? Por el toro que maté, ¿crees que voy a seguir oliendo vuestra guarida de chuchos para obtener lo que en justicia es mi derecho? ¡Os habla Shere Khan!

El rugido del tigre retumbó en todos los rincones de la caverna. Madre Loba se separó de sus lobatos y saltó hacia delante. Sus ojos brillaban como dos lunas verdes frente a los ojos llameantes de Shere Khan.

—Ahora soy yo, Raksha, el demonio, quien te contesta. El cachorro humano es mío, Lungri... ¡mío y solo mío! No lo matarán. Vivirá y correrá con nuestra manada y cazará con

ella. Y ya le voy advirtiendo a su señoría, cazador de cachorri-
llos desnudos, comerranas..., matapeces..., que será él quien
lo cace a usted. Conque apártese o por el *sambhur*^[3] que maté
—porque yo no devoro ganado hambriento—, lo haré volver
al regazo de su madre más cojo aún de lo que vino al mundo,
fiera chamuscada de la selva. ¡Largo de aquí!

Padre Lobo miró atónito. Casi había olvidado el día en que
ganó en una liza justa a Madre Loba frente a otros cinco lobos,
cuando ella corría con la manada y no la llamaban demonio
como un mero cumplido. Shere Khan supo que sería capaz de
luchar con Padre Lobo, pero llevaba las de perder si luchaba
con Madre Loba, pues había escogido una posición ventajosa
y lucharía a muerte. Así pues, se retiró gruñendo de la entrada
de la caverna y cuando estuvo al aire libre gritó:

—¡Cada gallo canta en su muladar! Ya veremos lo que dice
la manada sobre criar cachorros humanos. Es mío y termi-
nará entre mis dientes, ¡ladrones rabilargos!

Madre Loba se tumbó, jadeando entre sus lobatos, y Padre
Lobo le dijo en tono grave:

—Shere Khan tiene toda la razón del mundo. Hay que ense-
ñarle este cachorro humano a la manda. ¿Sigues decidida a
quedártelo?

—¿Quedármelo? —contestó ella como en un suspiro—.
Nos llegó desnudo y de noche, abandonado y hambriento. ¡Y
a pesar de todo, no tenía miedo! Mira cómo ha echado a un
lado a uno de mis hijos. ¡Y ese carnicero cojo lo habría matado
y después habría huido al Wainganga mientras los campe-
sinos viniesen a sacarnos de nuestros cubiles para vengarse!
Por supuesto que me lo quedaré. Y tú, renacuajo, quieto.
Llegará un tiempo, Mowgli —porque en adelante te llamaré

[3] El *sambhur* o sambar es un tipo de ciervo pequeño oriundo del sureste de Asia.

Mowgli, la rana—, en que cazarás a Shere Khan como él te ha intentado cazar a ti.

—Pero ¿qué dirá la manada? —protestó Padre Lobo.

La ley de la selva establece con claridad que cualquier lobo, cuando se casa, puede dejar la manada a la que pertenece. Pero en cuanto nacen los cachorros y son lo bastante mayores como para tenerse en pie, el padre debe llevarlos al Consejo de la manada, que se celebra una vez al mes, cuando hay luna llena, para que los demás lobos puedan identificarlos. Después de la inspección, los lobatos pueden corretear por donde les apetezca. Y hasta que los cachorros no hayan sido capaces de matar a su primer gamo, el lobo adulto no podrá matar a ninguno de ellos. Si lo hacen, lo buscarán hasta los confines de la Tierra y la pena será la muerte. Si lo pensáis un minuto, veréis que así es como debe ser.

Padre Lobo aguardó a que los cachorros fueran capaces de corretear y entonces, la noche en que se reunía toda la manada, llevó a todos, junto con Mowgli y Madre Loba, a la Roca del Consejo. Se trataba de una cima rocosa, llena de peñascos, donde cabían hasta cien lobos. Allí estaba Akela, el gran Lobo Solitario gris, tumbado sobre su piedra de presidente. Su fuerza y su astucia le habían ganado el puesto de jefe de la manada. Debajo de él había hasta cuarenta o más lobos de todos los tamaños y colores: desde los veteranos grises, capaces de cazar ellos solos un gamo, hasta los jóvenes de color negro que a sus tres años creían que también ellos podrían hacerlo.

El Lobo Solitario era el guía de todos ellos desde hacía un año. Siendo joven había caído dos veces en una trampa, y en una ocasión había sido apaleado y dejado por muerto, de manera que conocía las costumbres y las mañas de los hombres. Poco se habló en la Roca. Los lobatos tropezaban

unos con otros, cayéndose en el centro del círculo donde sus padres y madres se sentaban. De vez en cuando, uno de los lobos viejos se acercaba a un cachorro, lo miraba con la mayor atención y regresaba a su sitio en perfecto silencio. La madre acercaba de pronto a su lobato al círculo iluminado por la luz de la luna para estar segura de que todos los lobos habían visto bien a su cachorro. Desde su roca, Akela gritaba:

—Ya sabéis lo que dice la ley..., ya lo sabéis. ¡Mirad bien, lobos!

Y las madres, nerviosas y preocupadas, repetían lo que Akela había dicho:

—¡Mirad bien, lobos!

Al final —cuando a Madre Loba se le erizó el pelo—, Padre Lobo empujó hacia el centro del claro a Mowgli la Rana, como lo llamaban. El cachorro humano se sentó mientras reía y jugaba con unos guijarros que brillaban a la luz de la luna.

Akela no levantó la cabeza, que tenía puesta sobre las patas, continuó su monótono grito:

—¡Mirad bien!

Se oyó entonces un rugido sordo detrás de las rocas. Era la voz de Shere Khan que gritaba:

—El cachorro humano es mío. Dádmelo. ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre de los lobos con un cachorro humano?

Akela no movió ni las orejas y se limitó a gritar:

—¡Mirad bien, lobos! ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con las órdenes de nadie que no sea el propio Pueblo Libre? ¡Miradlo bien!

Se alzó un coro de gruñidos roncós. Un lobo de unos cuatro años se hizo eco de la pregunta de Shere Khan, dirigiéndose a Akela:

—¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con un cachorro humano?

Ahora bien, la ley de la selva establece que cuando surjan dudas sobre el derecho de un cachorro a ingresar en la manada, tiene que ser defendido por al menos dos miembros de esta que no sean su padre ni su madre.

—¿Quién hablará a favor de este cachorro? —preguntó Akela—. ¿Quién hablará de entre los miembros del Pueblo Libre?

Nadie contestó y Madre Loba se preparó para lo que ya sabía ella que constituiría su última pelea si es que debía llegar hasta el punto de luchar.

Entonces, se levantó sobre sus patas traseras el único animal de otra especie al cual le está permitido participar en el Consejo de la manada, Baloo, el soñoliento oso pardo encargado de enseñar a los lobatos la ley de la selva, el viejo Baloo, el que puede ir por todas partes sin que nadie lo estorbe porque solo se alimenta de nueces, raíces y miel.

—¿El cachorro humano..., el cachorro humano? —gruñó—. Hablaré a su favor. No puede hacernos ningún daño. No es que yo sea un brillante orador, pero siempre digo la verdad. Dejad que corra con la manada. Yo me encargaré de enseñarle la ley de la selva.

—Necesitamos que ahora hable otro —dijo Akela—. Baloo ya lo ha hecho, y él es el maestro de nuestros lobatos. ¿Quién toma la palabra además de él?

Una sombra negra se deslizó hacia el centro del círculo. Era Bagheera, la pantera negra, del mismo color que la tinta de la cabeza a la cola, pero con marcas en la piel, propias de su especie que, dependiendo de cómo incidiese la luz, parecían las aguas que ciertas sedas llevan impresas en la trama. Todo el mundo conocía a Bagheera y nadie quería cruzarse en su

camino, pues era astuta como Tabaqui, osada como un búfalo salvaje y con el desenfreno de un elefante herido. Pero pese a todo, su voz era dulce como la miel silvestre que se desprende goteando del árbol y su piel era más fina que el plumón.

—¡Akela y vosotros el Pueblo Libre! —dijo en un leve susurro—. Sé que no tengo voz ni voto en vuestra asamblea, pero la ley de la selva establece que en caso de duda con respecto a un nuevo cachorro, la vida de este se puede comprar pagando por él un precio justo, salvo en el caso de que el cachorro se haya hecho merecedor de la pena de muerte. Y la ley no establece nada sobre quién puede pagar ese precio. ¿Estoy o no en lo cierto?

—¡Bien! ¡Bien! —dijeron los lobos jóvenes, que siempre están hambrientos—. Escuchad a Bagheera. El cachorro puede comprarse por un precio estipulado. Es lo que establece la ley.

—Como sé que aquí no tengo voz ni voto, pido vuestro permiso para hacerlo.

—Habla pues —gritaron al unísono veinte voces.

—Matar a un cachorro desnudo es una vergüenza. Por otra parte, puede seros muy útil para la caza cuando sea mayor. Baloo ha hablado ya en su defensa. Pues bien, a lo que él ha dicho, yo añadiré la oferta de un toro gordo que acabo de matar no lejos de aquí. Os doy el toro a cambio de que aceptéis al cachorro humano, conforme a lo prescrito por la ley. ¿Tenéis alguna objeción?

Se elevó un confuso clamor que decía:

—¡Qué más da! De todos modos, se va a morir en cuanto lleguen las lluvias del invierno. Y si logra sobrevivir, lo abrasarán los rayos del sol. ¿En qué nos puede perjudicar a la manada una rana como esta? Que corra con la manada. ¿Dónde está el toro, Bagheera? Aceptamos tu oferta.

Entonces volvió a oírse el profundo ladrido de Akela, que advertía:

—¡Miradlo bien, miradlo bien, lobos!

Mowgli estaba tan entretenido con los guijarros que no prestó atención cuando fueron acercándose los lobos y lo miraron uno tras otro. Al final descendieron todos por la colina en busca del toro muerto. Se quedaron solos Akela, Bagheera, Baloo y los lobos de la familia de Mowgli. Shere Khan continuaba rugiendo entre las sombras, rabioso por no haber conseguido que le entregasen a Mowgli.

—¡Sí! ¡Ruge cuanto quieras! —le dijo Bagheera en sus mismas narices—. O bien yo no conozco a los hombres o llegará un día en que esa cosa desnuda le hará rugir a su excelencia de una manera muy distinta.

—Hemos hecho bien —dijo Akela—. Los hombres y sus cachorros son muy sabios. Nos podrá ser de gran utilidad en el futuro.

—Sí que lo será en caso de necesidad, porque nadie puede esperar ser el jefe de la manada para siempre —ratificó Bagheera.

Akela no contestó. Estaba pensando en el momento que finalmente llega, para todo jefe de la manada, en que le fallan las fuerzas poco a poco hasta que es matado por los propios lobos, y viene otro jefe a ocupar su puesto... al que matarán también cuando llegue su hora.

—Llévatelo —le dijo a Padre Lobo— y adiestralo en todo lo que debe saber un miembro del Pueblo Libre.

Y así es cómo Mowgli pasó a formar parte de la manada de los lobos de Seonee a cambio de un toro y la palabra de Baloo.

Ahora conformaos con saltarnos diez u once años, y con imaginar lo estupenda que sería la vida de Mowgli entre los lobos, pues siuviésemos que describirla, necesitaríamos una pila de libros. Creció junto con los lobatos, aunque, como es natural, ellos ya eran lobos hechos y derechos antes de que él hubiese superado su primera etapa de la infancia. Padre Lobo le enseñó su oficio y el significado de todo lo que había en la selva: cada crujido que hacía la hierba, cada soplo del tibio aire nocturno, cada ulular del búho sobre su cabeza, cada sonido que producen los murciélagos cuando arañan un árbol en el momento de descansar, cada rumor que produce el pez cuando salta en una charca. Todo aquello significó para él tanto como el trabajo de oficina para un hombre de negocios. Cuando no estaba aprendiendo algo, se sentaba al sol o dormía, después comía y volvía a dormir. Cuando sentía necesidad de estar limpio o el calor le agobiaba, se iba a nadar en las charcas del bosque. Cuando necesitaba miel, pues Baloo le había dicho que la miel con nueces era un manjar tan sabroso como la carne cruda, trepaba a los árboles y la buscaba. Esto se lo enseñó Bagheera.

La pantera se tendía en una rama y lo llamaba:

—Ven aquí, pequeño.

Mowgli se agarraba torpemente a las ramas, como los monos perezosos. Sin embargo, pronto empezó a volar de una rama a otra, con todo el aplomo del mono gris. También ocupó su puesto en el Consejo de la Roca, cuando se reunía la manada. Allí descubrió el extraño poder de su mirada. Si miraba fijamente a un lobo, le obligaba a bajar la vista, cosa que al principio hacía a menudo por mera diversión. Otras veces se distraía arrancando de la piel de sus amigos las largas y agudas espinas, ya que los lobos sufren un dolor espantoso con las espinas y los cardillos que se les enredan en el pelaje.

Descendía también por la noche colina abajo y se acercaba a las tierras de cultivo de los hombres. Miraba con curiosidad a los campesinos en sus chozas, pero desconfiaba de ellos porque Bagheera le había enseñado una caja cuadrada con una puerta que se hundía en cuanto alguien la pisaba. Estaba tan bien disimulada en la maleza que a punto estuvo él de caer dentro en cierta ocasión. Bagheera le explicó que era una trampa. Nada le gustaba tanto como ir con la pantera a las tibias profundidades del bosque, dormir durante todo el caluroso día y por la noche contemplar a la pantera cazando. Mataba el animal a diestro y siniestro según su apetito, lo mismo que Mowgli. Apenas tuvo edad suficiente para comprender las cosas, Bagheera le enseñó que nunca debía poner la mano en ninguna cabeza de ganado, pues un toro había sido su rescate y estaba obligado a respetarlos.

—Es tuyo cuanto hay en la selva —le dijo Bagheera— y puedes matar todo lo que tus fuerzas te permitan. Pero por la memoria del toro que sirvió para comprar tu vida, jamás pongas la mano en ninguna res, ni siquiera para comerla, sea joven o vieja. Esto es lo que prescribe la ley de la selva.

Mowgli obedeció estrictamente lo que se le ordenaba.

Creció y con el tiempo se hizo tan fuerte como cualquier niño que no necesita aprender ninguna lección estando metido en la escuela, y cuya única preocupación es buscarse la comida.

Madre Loba le advirtió una o dos veces que desconfiase de Shere Khan, y que algún día tendría que matarlo. Un lobato se habría acordado en todo momento del consejo, pero Mowgli lo olvidó por completo, pues era un niño aunque hubiese respondido afirmativamente si alguien le hubiese preguntado si era un lobo en caso de haber podido hablar alguna de las lenguas que hablan los hombres.

Shere Khan se hacía continuamente el contradicho con él porque envejecía y le abandonaban las fuerzas, igual que le sucedía a Akela. El tigre había trabado una gran amistad con los lobos más jóvenes, que lo seguían para recoger sus sobras, cosa que Akela nunca habría tolerado si se hubiese atrevido a imponer su autoridad como hacía antes.

En tales ocasiones, Shere Khan halagaba a sus jóvenes amigos fingiéndose muy sorprendido porque no comprendía cómo unos jóvenes y excelentes cazadores como ellos se dejaban guiar por un lobo ya medio muerto y por un cachorro humano.

—Cuentan —les decía Shere Khan— que no os atrevéis a mirarlo a los ojos cuando os reunís en el Consejo.

Y los lobos respondían gruñendo y erizando el pelo.

Bagheera, que parecía estar en todo y en todas partes al mismo tiempo, llegó a enterarse y le repitió en más de una ocasión a Mowgli que Shere Khan quería matarlo, a lo cual Mowgli respondía riéndose:

—Cuento contigo y con la manada. Hasta Baloo con toda su pereza lo golpearía para salir en mi defensa. ¿Por qué voy a inquietarme?

Un día de un calor extremo, a Bagheera se le ocurrió una idea, surgida tal vez de una noticia que le dio Ikki, el puercoespín. Así pues, le dijo a Mowgli cuando estaban en lo más profundo de la selva, cuando el muchacho se reclinaba sobre la sedosa piel de la pantera:

—¿Cuántas veces te he dicho, hermanito, que Shere Khan es enemigo acérrimo tuyo?

—Tantas como frutos tiene esa palmera —dijo Mowgli, que, como es natural, no sabía contar—. Pero ¿qué pasa? Me estoy

durmiendo, Bagheera y Shere Khan es todo palabras y cola..., como Mao, el pavo real.

—No es hora de dormir. Baloo lo sabe, yo lo sé, la manada también, hasta los ciervos más tontos lo saben. Y tú porque te lo ha dicho Tabaqui.

—¡Oh! —repuso Mowgli—. Tabaqui me salió no hace mucho con que yo no era más que un cachorro humano desnudo y que no servía ni para desenterrar raíces. Pero lo agarré fuerte por la cola y le di un par de golpes contra una palmera para enseñarle modales.

—¡Menuda tontería! Aunque Tabaqui es un chismoso, sabe muchas cosas y te habría dicho algo que te atañe. ¡Abre bien los ojos, hermanito! Shere Khan no se atreve a matarte en la selva. Pero recuerda que Akela se está haciendo muy viejo, y pronto no será capaz de matar a un gamo. Entonces dejará de ser el jefe. Muchos de los lobos que te admitieron en la manada cuando fuiste presentado en el Consejo también son viejos ahora... y los jóvenes creen, porque Shere Khan los ha estado convenciendo de ello, que no tienes derecho a pertenecer a la manada. Dentro de poco vas a convertirte en un hombre.

—¿Qué es un hombre para que no pueda juntarse con sus hermanos? —dijo Mowgli—. Nací en la selva; he acatado su ley, y no hay un solo lobo de la manada al que no le haya arrancado alguna espina. ¿Cómo voy a dudar entonces de que son mis hermanos?

Bagheera se tendió todo lo larga que era y le dijo, entorpeciendo los ojos:

—Toca aquí, hermanito, debajo de mi quijada.

Mowgli levantó su áspera y bronceada mano y debajo de la sedosa barbilla de Bagheera notó los grandes músculos redondos y una zona calva.

—Nadie en la selva sabe que yo, Bagheera, tengo esta marca. Es la que deja el collar. Hermanito, yo nací entre los hombres, y entre ellos los hombres murió mi madre, en las jaulas del Palacio Real de Oodeypore.^[4] Por ese motivo pagué por ti el precio de tu rescate cuando no eras más que un cachorro desnudo. Sí, también nací entre los hombres. Desconocía la selva. Me alimentaban en cuencos de hierro tras los barrotes de una jaula hasta que un día se despertó en mí el sentimiento de que yo era Bagheera, la pantera, no era un juguete para la diversión de los hombres. Entonces rompí de un zarpazo la estúpida cerradura y me escapé. Precisamente mi conocimiento de las costumbres de los hombres me hizo más terrible en la selva que el propio Shere Khan. ¿No es cierto?

—Sí —dijo entonces Mowgli—. Todos en la selva temen a Bagheera menos Mowgli.

—¡Oh! Tú eres un cachorro humano —dijo la pantera con una gran ternura—. Y al igual yo he regresado a mi selva, tú debes regresar a donde están los hombres, tus hermanos. Eso si no piden tu muerte en el Consejo.

—Pero ¿por qué? ¿Quién querría mi muerte? —dijo Mowgli.

—Mírame —repuso Bagheera. Mowgli le miró fijamente a los ojos. La gran pantera volvió la cabeza al cabo de unos segundos.

—Por eso mismo —dijo cambiando la posición de una de sus patas y acomodándose mejor en un lecho de hojas—. Ni siquiera yo puedo mirarte a los ojos, y eso que nací entre los humanos. Además, te quiero, hermanito. Los demás te odian porque no pueden sostenerte la mirada, porque eres sabio y les has arrancado espinas de las patas... En definitiva, porque eres un hombre.

[4] Ortografía antigua de Udaipur, ciudad situada en el noroeste de India.

—No sabía nada de eso —dijo con aspereza Mowgli y frunció sus pobladas y negras cejas.

—¿Cuál es la ley de la selva? Primero golpear y luego avisar. Andas absolutamente descuidado y eso les demuestra que eres humano. Tienes que ser prudente. Intuyo que en cuanto a Akela falle su próxima caza (y cada día le cuesta más atrapar a los gamos), toda la manada se enfrentará a él y a ti. Se convocará un Consejo en la Roca... y entonces... ¡Ya lo tengo! —dijo Bagheera levantándose de un salto—. Vete corriendo a las cabañas de los hombres, en el valle, y coge una parte de la Flor Roja que cultivan para que, llegado el momento oportuno, tengas un apoyo mucho más firme que el mío o el de Baloo o el de quienes te quieren en la manada. Ve a buscar la Flor Roja.

Lo que Bagheera quería decir al hablar de la Flor Roja era el fuego. Sin embargo, ni una sola criatura viviente lo llama por su nombre en la selva. Tanto miedo le tienen todas las fieras que se inventan cien formas de describirlo.

—¿La Flor Roja? —dijo Mowgli—. ¿La que crece fuera de sus chozas en el crepúsculo? Yo la cogeré.

—Así hablan los cachorros humanos —dijo con orgullo Bagheera—. Recuerda que crecen en unas macetas pequeñas. Roba una y guárdala para cuando llegue la hora en que puedas necesitarla.

—¡Bueno! —dijo Mowgli—. Allá voy. Pero ¿estás seguro de que todo esto es cosa de Shere Khan? —mientras decía esto deslizó el brazo en torno al espléndido cuello de la pantera mirándola con ternura a los ojos.

—Por el cerrojo roto que me dio la libertad, estoy seguro, hermanito.

—Entonces, por el toro que compró mi rescate, voy a saldar mis cuentas con Shere Khan y tal vez le pague algo más de lo que le debo —dijo Mowgli y salió disparado.

—Eso es un hombre —musitó Bagheera mientras se tendía de nuevo—. ¡Ah, Shere Khan, jamás te metiste en una cacería más funesta que la de esta rana hace diez años!

Mowgli se alejó adentrándose en la espesura, corriendo con el corazón abrasado por la ira. Llegó a la caverna cuando ascendía la bruma vespertina, recuperó el resuello y contempló el valle. Los lobatos estaban fuera, pero Madre Loba estaba al fondo de la caverna. Por la forma en que respiraba Mowgli, notó enseguida que algo preocupaba a su ranita.

—¿Qué ocurre, hijo?

—Shere Khan es más charlatán que un murciélago —repuso Mowgli—. Voy a cazar en los labrantíos esta noche —añadió y se internó entre los arbustos, hacia donde corrían las aguas en el fondo del valle.

Se detuvo allí porque se podían escuchaban los alaridos de la manada. Se oían mugidos de un *sambhur* perseguido y el resoplido de un gamo acorralado. Entonces fue cuando se oyó un coro de aullidos venenosos e insultantes que partían de los lobos más jóvenes:

—¡Akela! ¡Akela! ¡Akela! Que el Lobo Solitario muestre su fuerza —decían—. Paso al jefe de la manada. ¡Salta, Akela!

El Lobo Solitario debió saltar, pero erró el golpe. Mowgli oyó el chasquido de los dientes y después una especie de gañido cuando el *sambhur* lo hizo rodar por el suelo empujándolo con las patas delanteras.

No aguardó para saber más, sino que continuó su camino y le fueron persiguiendo los gritos, cada vez más lejanos a

medida que se alejaba en dirección a las tierras de labor, en donde vivían los campesinos.

—Bagheera estaba en lo cierto —jadeó al tiempo que se ocultaba en la pila de forraje que encontró junto a una choza—. Mañana será un día importante para Akela y para mí.

Pegó la cara a la ventana y contempló el fuego que ardía en el hogar. Vio a la esposa del campesino levantarse y alimentarlo durante la noche con unos pedazos de algo de color negro. Al llegar la mañana, cuando todo estaba cubierto por la fría y lechosa neblina, vio a un niño de la familia asomar por la puerta con un cesto de mimbre, recubierto por dentro de tierra, llenarlo de brasas enrojecidas, cubrirlo con una manta y salir a cuidar las vacas en el establo.

—¿Y es todo? —dijo Mowgli—. Si un cachorro como ese puede hacerlo, no hay nada que temer. —Dobló la esquina de la casa, se dirigió hacia el muchacho, le arrebató el cesto y desapareció con él entre la niebla mientras el chico se ponía a chillar empavorecido.

—Son muy parecidos a mí —dijo Mowgli, soplando en el cesto, como había visto hacer la mujer—. Esto se va a morir si no lo alimento —añadió, y comenzó a avivar el fuego con ramitas y cortezas de árbol aquella materia de un rojo tan vivo. Cuando se hallaba a media colina se topó con Bagheera. Su piel estaba salpicada de perlas de rocío matinal.

—Akela erró el golpe —dijo la pantera—. Lo habrían matado ayer por la noche si no hubiesen querido mataros a los dos a la vez. Salieron a la colina en tu busca.

—Yo andaba entonces en las tierras de labor. Estoy listo. ¡Mira!

Mowgli levantó la especie de cesto llena de fuego.

Fin de la edición promocional